

LA POSICION GEOGRAFICA DE ESPAÑA Y PORTUGAL

- Por D. Miguel ALONSO BAQUER, General de Brigada de Infantería, DEM.
- Secretario permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos.

La posición geográfica de España en la Península Ibérica ofrece a los españoles unas posibilidades concretas de carácter estratégico que, sin embargo, sólo debemos tomar como advertencias y nunca como determinaciones para obrar.

Un gran historiador, recientemente fallecido, Ferdinand Braudel, decía al explicar los rasgos de la posición del Mediterráneo que la geografía ofrece "un marco en el que, a través del tiempo y del espacio, se desarrolla una historia a cámara lenta que permite descubrir rasgos permanentes".- Su estudio, añade, "nos ayuda a recrear las más lentas de las realidades estructurales, a verlo todo en una perspectiva según el punto de fuga de la duración más larga". (1).

Creemos que una mirada, dirigida hacia el conjunto de la Península Ibérica, nos transmitiría un mensaje similar, también de larga duración, compuesto de estas cuatro advertencias orientadoras:

- los españoles y portugueses formamos una parte peculiar de una realidad llamada Europa Occidental. Somos un apéndice de Europa.
- compartimos la península más atlántica y meridional del Mediterráneo. Estamos en un flanco del Mediterráneo.

- nos encontramos en la más acusada de las proximidades a -- los problemas y vicisitudes del Norte de Africa. Vivimos - en la puerta de Africa.
- disponemos de amplias costas bañadas por el Océano Atlántico en sus latitudes medias, que son las más propicias para el intercambio civilizador con el continente americano. Somos un puente para América.

Y es que España y Portugal ocupan un posible teatro de operaciones dotado de cuatro escenarios geográficos: Europa Occidental, el Mediterráneo Occidental, el Norte de Africa y el Océano Atlántico en sus latitudes medias, sobre los que conviene reflexionar. Y sobre los que en cada coyuntura de crisis hay que saber elegir un modo para la defensa.

Cada uno de los cuatro escenarios ha funcionado en la historia según sus propias condiciones y siempre en relación con la naturaleza del conflicto que sobre él haya resultado --- abierto. En las cuatro posibilidades de implicación de España, o de Portugal, en uno u otro de los conflictos posibles habrá - que buscar una adecuada réplica militar que tendría caracterís- ticas diferentes en cada caso. De aquí que la previsión de los acontecimientos sea para los españoles un quehacer más dramáti- co de lo normal y que, en definitiva, la decisión a favor de -- una posibilidad nos venga generalmente dictada desde un impera- tivo más cultural que militar, cuando entablamos ligeramente -- una primera controversia o debate cívico-militar.

Empecemos reconociendo que el adoptar una perspecti- va de orden cultural -cooperante- dejan de tener validez los ar- gumentos que destaquen como esencial la mayor o menor vulnerabi- lidad de la Península en uno u otro de sus cuatro puntos cardina- les, que es una perspectiva competitiva.

Los griegos y los romanos penetraron en la Península por el Este, que es exactamente de donde tenían que venir sus - naves. Los fenicios, cartagineses y árabes lo hicieron por el - Sur, porque era en la parte meridional de las aguas mediterrá- neas donde habían logrado establecer su poderío. Los suevos, - vándalos y alanos, como los visigodos llegaron, naturalmente, - por el Norte. Ni querían ni podían venir de otro lado ni por -- otra ruta. Los americanos, finalmente, desde la Segunda Guerra Mundial, han estado interesados por una presencia en la Penínsu- la que se apoya, lógicamente, en unas instalaciones pendientes de las comunicaciones con el Oeste. La clave de la seguridad ra- dica en la percepción del viento que trae mayores riesgos.

Y es que la posición geográfica peninsular tiene -- atractivo para cualquier poderío imperial o hegemónico que nazca, crezca o agonice en el Mediterráneo, en el Norte de Africa, en las costas del Atlántico o en el corazón de Europa Occidental. En este sentido hay que tratarla como una posición abierta a todos los vientos.

Lo que distingue a unas épocas de otras, en orden a la deseable autonomía de los pueblos ibéricos, es su capacidad operativa para la defensa de sus intereses, sea en una o en --- otra dirección o frente a una u otra amenaza. Y esta capacidad, actualmente, la tenemos vinculada a la aceptación previa, por razones culturales, de un propósito dominante y compartido por ambos --seguir formando parte de la civilización occidental y europea.

La Península Ibérica está por su posición, mucho más abierta de lo normal a los apetitos de todos los poderes envolventes. Pero por su configuración sólida y por estar surcada de cadenas montañosas puede quedar naturalmente protegida de todas las invasiones que no sean técnicamente irresistibles. Y es de esta cualidad de solidez, que le presta la configuración interna de la Península, de donde procede el éxito histórico de españoles y portugueses para constituirse, desde siglos atrás, en entidades soberanas, vengan de donde hayan venido las presiones o las ayudas. En este segundo sentido se comporta como una posición cerrada. O mejor dicho, tiene una configuración cerrada.

1.- POSICION ABIERTA Y CONFIGURACION CERRADA.

España y Portugal se encuentran puestas sobre un teatro posible de operaciones muy complejo; pero no lo es tanto que hayan de sobrevenirle, simultáneamente, amenazas de supervivencia en dos, tres o cuatro de los citados escenarios. De hecho, las amenazas se le presentan, como se le presentaron siempre, -- combinando dos de los escenarios posibles, uno marítimo y otro terrestre, tangentes entre sí. El poderoso es, siempre, alguien que coordina la agresión con medios navales y terrestres. Y esto por la sencilla razón de que como dice la Biblia, cada día -- tiene su propio afán y no es posible meter en la misma época al expansionismo de Roma, al entusiasmo del Islam, al espíritu de Napoleón y a la concepción soviética de las relaciones internacionales.

Otro tanto cabe decir de las posibilidades que la posición geográfica de la Península Ibérica ofrece a sus dos pueblos históricos para irradiar poder en su torno. Y hay que añadir que ambos en su gran historia, han sobrepasado con mucho la norma y los pronósticos. Pero no conviene que pierdan de vista sus naturales limitaciones, tras escuchar el merecido canto a las gestas de sus gentes de antaño. España en el Siglo de Oro, por ejemplo, proyectó su poder militar hacia Europa al tiempo que su cultura se proyectaba hacia América.

En pura teoría posicional, cabría pretender que el poderío ibérico se expansionara en todas las direcciones por igual. Pero sería una decisión insensata, de no mediar otra coyuntura tan excepcionalmente favorable como fue la del siglo XVI, hoy absolutamente imprevisible, para poder equilibrar las dos proyecciones, la militar y la cultural, sin agotamiento de los pueblos que las alimentan.

Cualquier poder (militar y político) instalado sobre el territorio peninsular debe proyectarse sólo en relación de dependencia con la percepción de una o dos amenazas, es decir, combinando adecuadamente dos escenarios tangentes, uno marítimo y otro terrestre. Pero nunca de otro modo. Pretender lo contrario significa abocarse al proceso en tres tiempos que el gran historiador Vicente Palacio Atard puso en el título de su libro sobre la España del siglo XVII, -derrota, agotamiento y decadencia. (2).

Ha llegado a ser clásica en los textos la preocupación del alemán von Schlieffen por evitarle a su patria la guerra en dos frentes. Aunque no es exactamente el trance en que se encuentran los pueblos ibéricos, porque disponen de un margen mayor de libertad de acción que Alemania en 1900, conviene tomar buena nota de la observación. Su análisis sugiere, con los textos de historia en la mano, que aunque aquel pueblo y sus dirigentes hubieran querido la guerra en un sólo frente, como en 1870, después de la victoria del Sedan nunca dejó de haber un buen puñado de naciones empeñadas en que Alemania la tuviera necesariamente que librar en tres.

Los cuatro escenarios donde se inscribe la posición ibérica, -Europa Occidental, el Mediterráneo, el Norte de África y el Atlántico- no precisan de manera suficiente los rasgos de una situación concreta en un momento dado. En estrategia, la clave está en el juego de las situaciones que circundan a un Estado, o a una alianza de Estados, y nunca en la objetividad de un análisis de posiciones geográficas, que es a lo que inclina

lo que se ha llamado geopolítica. El acierto del gobernante radica en no permitir que las situaciones hostiles se le acumulen en una hora concreta contra su pueblo, para poder resolverlas una tras otra con serenidad.

En una "perspectiva según el punto de fuga de la duración más larga", como decía Braudel, aplicada al precipitado histórico de las guerras habidas sobre un espacio como el peninsular, sólo se han engendrado para España y Portugal, -nunca las cuatro simultáneamente- cuatro Zonas de Operaciones. Son aquellas en las que los hombres han luchado por imponer el trazado de una frontera estable donde queden bien distinguidas dos soberanías opuestas. Se trata de la Zona de Operaciones del Estrecho de Gibraltar, la de la Raya de Portugal, la de los Pirineos y la del Cantábrico.

El orden en que se citan tiene su importancia para el tratadista militar porque expresa la dureza de los encuentros habidos ayer y el grado de resistencia que los hombres han ofrecido en el pretérito a su consolidación como fronteras políticas. También tiene interés advertir que sólo sobre la última Zona citada -el Cantábrico- se ha superado el problema de la creación de una frontera en perjuicio de la extensión de España hasta el litoral Cantábrico.

El drama geohistórico de la Zona de Operaciones del Cantábrico, -padecido tanto por los romanos como por los visigodos y musulmanes y que reapareció, en parte, en las guerras civiles de la modernidad- quedó sentenciado, al hilo del esfuerzo reconquistador medieval, bajo la forma de inexorable avance de la frontera cristiana hacia el Sur. Este avance desde las estribaciones de la Cordillera Cantábrica hacia el Duero fue el fenómeno constituyente de la realidad histórica de España que han estudiado, polémicamente, Sánchez Albornoz y Américo Castro como consecuencia del hecho socioeconómico de la repoblación castellana del valle del Duero, reconocido por uno y otro como transcendental para la existencia de lo genuinamente español. Lacarra completó la interpretación llevándola hacia el valle del Ebro en nombre de Aragón.

No hubo frontera decisiva y permanente sobre las cordillera del Cantábrico que separara a unos pueblos peninsulares de otros en su réplica a un enemigo ultramarino del Norte, porque el solape de tres obstáculos naturales, -una fuerte cadena montañosa, unas costas abruptas y unas aguas enbravecidas- quitó a los habitantes de Iberia y de las Islas británicas la posibilidad de mantener abierto sobre ellos un frente de agresividad, similar al que los ingleses dominaron en la Bretaña y la Normandía continentales durante varios siglos.

En la Zona de Operaciones del Cantábrico la presencia de efectivos militares extrapeninsulares ha sido excepcional desde que sus moradores del siglo VIII optaron al unísono por la resistencia frente al Islam. La irrupción de los mariscales de Napoleón fue particularmente efímera, a pesar de su persistente dominio del valle del Duero.

Frentes de agresividad sólo los ha habido, -y los hay en potencia- allí donde el espacio puede ser disputado desde el mar o desde el continente por dos poderíos rivales organizados. Y esto sólo ha sucedido, sin duda alguna por este orden, en torno al Estrecho, a la Raya y al Istmo de los Pirineos, con mucha más virulencia que sobre los Pasos de la Cordillera Cantábrica, escenario, sin embargo, doloroso de contiendas civiles demasiado recientes.

La posición geográfica de España -que ha tenido radical influencia en el significado histórico conquistado por portugueses y españoles y en las sucesivas alteraciones de la función geopolítica que ambos pueblos han podido cumplir en diferentes épocas- no nos mide con cifras parecidas la transcendencia de las cuatro Zonas de Operaciones en todo tiempo y circunstancia. Nos brinda una escala de valoraciones imprescindible para la orientación del estratega, que reflexione con objetividad.

Queda muy destacada en primer lugar la encrucijada internacional del Estrecho. A notable distancia le sigue la Raya. Casi en último lugar quedan los Pirineos. Cierra la lista la Cordillera Cantábrica. Este es el orden de su importancia relativa desde el punto de vista de la estrategia operativa.

Se trata de una observación de contenido geográfico que nada tiene que ver con el posible (o probable) nivel de hostilidad que en un momento dado haya que atribuir a fuerzas militares procedentes de Marruecos, Portugal, Inglaterra o Francia bajo las banderas de cualquier otro enemigo potencial. La observación se refiere al interés que tienen las cuatro Zonas para la estrategia, según el factor geográfico, cualquiera que sea la amenaza en la que se piense en una coyuntura determinada. Con ella se busca una explicación objetiva de la escala de valoración en la que conviene insistir para aclarar las ideas de quienes han de establecer un despliegue militar.

El dominio del Estrecho de Gibraltar por una sola potencia es una pretensión grave que suscita innumerables reacciones. Tradicionalmente, nunca ha dejado de suscitarlas. La técnica moderna de los transportes ha agudizado la

percepción del peligro a todas las potencias del mundo interesadas en discurrir por el Estrecho sin ser dominadas por nadie en particular.

La disyunción en dos soberanías del espacio peninsular por una Raya es, en menor medida, un objetivo que desde la apertura del Mar del Norte y del Canal de la Mancha a la vida civilizada no ha dejado de ser pretendido por muchos y sostenido por más de una potencia con pretensiones de hegemonía.Cerrar los ojos a esta evidencia sería desconocer la naturaleza de los hombres, -y aún más el modo de ser de las modernas potencias talasocráticas.

La actividad militar en disputar por el istmo de los Pirineos, en cambio, ha interesado menos al concierto de las naciones. Tanto España como Francia, aún habiendo sido con frecuencia adversarias entre sí en guerras de larga duración, han dispuesto de la posibilidad de sortear la zona para sus principales confrontaciones y está patente que lograron su doble empeño, a lo largo de los siglos XVI y XVII, los dos siglos más significados por la mutua hostilidad.

Y es que mientras Gibraltar y sus accesos son una cuestión internacional de interés para casi todo el mundo y la Raya ha sido durante tres siglos una cuestión seria para los grandes de Europa Occidental, el dominio del Pirineo sólo ha suscitado una tensión bilateral hispano-francesa. Y, añadimos nosotros, que la cordillera cantábrica ha sido sólo un problema español y para españoles, un problema civil.

Desde una consideración serena hecha a partir del estudio de la posición geográfica de España en la perspectiva occidental, que es la que históricamente se nos ha impuesto a los españoles, no es difícil simplificar en tres las cuatro cuestiones que insinúa en los posicionales el problema estratégico nacional. Con ellas tendríamos suficiente, para estar en condiciones de elaborar planes adecuados para la defensa de España, tras la imaginación de tres situaciones concretas en las que habría que defender a toda costa las tres Zonas de Operaciones resultantes con efectivos de tierra, mar y aire, citadas en primer lugar, omitiendo la hipótesis cantábrica.

Porque en definitiva, el problema estratégico que se nos plantea a españoles y portugueses sobre la posición ibérica se concreta en la necesidad de disponer de estos tres planes operativos para la defensa:

- 1º.- El de la Zona del Estrecho si la presión llega a ella, sea o no el primero de los ataques declarados contra la

integridad del territorio peninsular, -defensa de unos accesos.

2º.- El de la Zona de los Pirineos, si el primer ataque enemigo se decantara hacia esa barrera de montañas, -defensa de un istmo.

3º.- El de la Raya de Portugal, naturalmente, si alguna de las otras dos operaciones resultara fallida para los ideales de Occidente, -defensa de una base.

Los tres planes de operaciones están interrelacionados, pero no son alternativos. Ni siquiera lo son para Portugal, que, sin duda, se aprestará con predilección muy explicable hacia el cuidado del tercero de ellos. Al menos, mientras se sostenga en pié la hipótesis básica del origen lejano de una amenaza común a ambas naciones con base en Oriente, en función de la esperanza en el cumplimiento de compromisos de apoyo desde el otro lado del Atlántico

La imaginación estratégica de españoles y portugueses podría construir una o más secuencias operativas dotadas de alguna racionalidad en las que, sucesivamente, los españoles, los portugueses y sus aliados tendrían que librar tres batallas, la primera sobre los Pirineos, la segunda sobre el Estrecho y la última sobre la Raya, al margen de la cualidad y de la cantidad de los medios que el enemigo logre situar sobre estas Zonas, -y de los medios ofrecidos por nuestros aliados.

¡Claro que cabe imaginar otra secuencia dual, si el atacante renuncia a la primera de las tres operaciones y logra, a pesar de la voluntad pacífica de los países del Mogreb, hacerse presente en el acceso oriental al Estrecho de Gibraltar!. Pero las variables de la secuencia operativa no cambian radicalmente la argumentación. Únicamente nos indican la sucesión de dos batallas, la del Estrecho de Gibraltar y la de la Raya de Portugal, en lugar de tres.

2.- ESPAÑA COMO APENDICE, COMO FLANCO, COMO PUERTA O COMO PUENTE

Siempre fue difícil para los tratadistas españoles de los últimos siglos la coordinación de su pensamiento estratégico. Han sido tentados, alternativamente, a tomar como prioritario a alguno de los cuatro polos de atracción que en una vuelta de horizonte les reclaman desde los cuatro puntos cardinales.

Y frente a la dificultad de coordinarlo con los otros tres lo más frecuente ha sido, en el siglo de las nacionalidades, el di se ño de un esquema defensivo periférico que apenas puede evadirse de la idea de cerco. Este erizo defensivo así dibujado carece de posibilidades radiales para la proyección de su poder.

Los tratadistas buscaron la unidad lógica de su razonamiento en el hallazgo de un núcleo central, -las dos mesetas castellanas- sobre el que, en última instancia, habrían que replegarse los Ejércitos al modo celtibérico, caso de ser atacada España. Sólo dos posibilidades topográficas de apertura estratégica les venían dadas a los efectivos replegados: una hacia el Mediterráneo por la depresión del Ebro, debidamente protegida -al Norte de los Pirineos; otra por la depresión del Guadalquivir, protegida al Sur por el Sistema Penibético. Una gigantesca "S" quedaba marcada sobre el mapa de España para expresar, tanto el límite del repliegue a la España interior, -donde según Ganivet habitaba al modo agustiniano la verdad- como la base de partida para la reconstrucción de la unidad de España, ambas posibilidades con núcleos situados al Oeste de la "S" guerrillera.

Este esquema defensivo, -con las plazas de Gerona, -Lérida, Huesca, Zaragoza, Morella, Sagunto, Villena, Jaén, Granada y Ronda como puntos notables de la gigantesca "S"- se presentaba como neutral respecto a las cuatro definiciones posibles del espacio ibérico, -apéndice de Europa, flanco del Mediterráneo, puerta de Africa y puente para América. En un diálogo constructivo de una estrategia común hispano-portuguesa este esquema defensivo interiorista exhibe, como en la Guerra Peninsular de 1808 a 1814, una notable capacidad para expulsar al invasor procedente del Norte y una discreta posibilidad de rechazo al invasor procedente del Sur. (3).

Hemos traído a estas páginas la referencia a la Guerra de la Independencia porque se trata de un diseño de ninguna manera desdeñado para los miembros de la Alianza Atlántica de estirpe anglosajona. En realidad, es el que ha servido (desde 1953 en adelante) de inspiración a los americanos que trazaron el recorrido del oleoducto Rota-Torrejón-Zaragoza apuntando hacia el Pirineo Central. En aquellos años pretendía la enmienda en la Península del fracaso de la contención en el Rhin al ataque de una masa de carros soviéticos.

En síntesis, se trataba de la concepción típica de las potencias oceánicas enfrentadas al expansionismo de un poder continental. Aquí, en definitiva, se le pedía al presunto movimiento guerrillero español que, una vez más, se agarrara a las estribaciones de la gigantesca "S", para debilitar la fuerza del invasor procedente de las llanuras centroeuropeas, seguramente conquistador del Valle del Ebro, como en su día el general Suchet.

Esta incursión historicista nos lleva a comprender - la esencia de lo que de verdad espera el pensamiento estratégico anglosajón de los ejércitos peninsulares, -una combinación - de las dos definiciones siguientes: puente para América y apéndice de Europa en demérito de la combinación de las otras dos: flanco del Mediterráneo y puerta de Africa en la que, hay que - tener el valor de decirlo, sienten españoles y portugueses más garantizada su independencia nacional y mejor localizado el peligro de guerra

Detengámonos un momento en la interpretación estratégica que se deriva de cada una de las cuatro definiciones de -- los escenarios donde España y Portugal, -no en la misma medida por razones obvias- podrían quedar ubicadas en un plan de actuación de la Alianza Atlántica.

La polarización del esfuerzo militar ibérico hacia - el Norte -correlato lógico de su definición como apéndice de Europa- ratificaría la visión de los Pirineos como barrera. Se -- trata de una hipótesis en baja desde el momento en que Occidente creyó que podía ejercer la réplica ofensiva al borde mismo - del telón de acero con una defensa lo más adelantada posible, - es decir, desde 1960.

La polarización de ese mismo esfuerzo hacia Levante, -consecuencia directa de la contemplación de la Península como flanco mediterráneo de la OTAN insistiría en la revalorización del archipiélago balear y de las costas valencianas como línea de defensa. Es una hipótesis que crece en la medida misma en -- que se le complican a los Estados Unidos sus relaciones con los países árabes, -particularmente Libia. Es una hipótesis que se desarrolla también en función de las tensiones entre Grecia y - Turquía. Pero no estamos hablando del flanco sur de la OTAN sino del Levante español como flanco del Mediterráneo.

La polarización de la estrategia aliancista hacia el Sur, -resultado inequívoco de la agudización de los problemas - en la puerta de Africa- daría a España, -y secundariamente a -- Portugal- unas responsabilidades inmensas sobre los accesos al Estrecho. Pero hay que señalar con energía que los miembros europeos de la Alianza se niegan a considerar esta posibilidad y limitan la función de la zona al concepto de base de operaciones retrasada, excluyendo el crecimiento de la conflictividad - en los países más débiles del Mogreb.

La polarización hacia Poniente, -balance final de -- una visión de la Península como puente para America- dejaría a España y Portugal y a sus archipiélagos atlánticos directamente

implicados en una tarea que inicialmente, -mientras no se generalice el conflicto- habría que calificar de base logística. En tre otros muchos efectos psicológicos, esta polarización entrañaría el abandono del espacio ibérico como rampa de lanzamiento hacia América de gentes de extracción mediterránea y su sustitución por una especie de sala de recepción de unas expediciones militares. Aquí la noción clave ya no es la "vulnerabilidad" -- del espacio peninsular sino las "facilidades" que se negocian entre los aliados para la acción coordinada, sobre el territorio peninsular al Oeste de la citada "S" guerrillera.

Las cuatro definiciones del espacio -apéndice de Europa, flanco del Mediterráneo, puerta de Africa y puente para América- podrían indicar, debidamente equilibradas entre sí una ambiciosa política de irradiación de los valores culturales ibéricos. Pero no pueden constituir un sistema de estrategia coherente. Porque, dificultando la coherencia, coexisten dos problemas de naturaleza distinta uno al costado del otro, uno político-cultural y otro estratégico-militar, que los estudiosos livianos tienden a superponer.

El problema cultural obliga en conciencia a sostener vivo el ideal sobre el que se edificó la significación histórica de las comunidades de pueblos engendradas por España y Portugal. Allí, el problema estratégico tiene que reducirse a la capacidad de réplica a las amenazas a la seguridad en períodos de crisis. Culturalmente no puede haber fronteras, pero estratégicamente habrá frentes, sólo si se rompen los equilibrios intraregionales. Porque, en principio, allí donde hay intereses culturales habrá pocas confrontaciones militares.

La impresión de incapacidad estratégica para atender lo todo no se mitiga con la atención al papel transcendental -- que hay que asignar a los archipiélagos atlánticos y mediterráneos de las dos naciones ibéricas en materia de defensa. Sólo -- un poder muy fuerte estaría en condiciones de irradiar influencias para la protección plena de sus intereses en todas las direcciones. Conviene no olvidarlo para estar en condiciones de medir la cantidad de poder militar que habrá que irradiar desde los archipiélagos.

El problema estratégico hispano-luso se limita, en la actual coyuntura internacional, a tener claramente defendidas, en una vuelta al horizonte estas cuatro empresas:

- 1.- Hacia el Norte, la infranqueabilidad de los Pirineos.
- 2.- Hacia el Este, la libre circulación por las aguas del Mediterráneo.

3.- Hacia el Sur, la responsabilidad del control de los accesos al Estrecho de Gibraltar.

4.- Hacia el Oeste, la libertad de acción de los movimientos atlánticos.

Las cuatros empresas no se presentan del mismo modo en el marco del problema nacional de la defensa de España que - cuando se adopta la perspectiva dentro del marco del problema - internacional de la seguridad de la OTAN. Pero hay una sutil conexión entre ambos problemas que desemboca en una demanda de estabilidad política en períodos prolongados para la zona donde confluye el más elevado número de intereses -el eje Canarias-Gibraltar-Baleares-.

3.- CUATRO ALTERNATIVAS ESTRATEGICAS:

Todos los Estados que viven geográficamente asomados al Estrecho de Gibraltar deben tomarse en serio la defensa de su ámbito territorial de soberanía. Pero cada uno en particular debe poner la condición de que se acuerde un compromiso de estabilidad regional firmado por todos. El régimen de equilibrio resultante del cumplimiento de esta condición podría disminuir la presión que sobre la zona han terminado ejerciendo tanto los Estados Unidos de América como la Unión Soviética, cada vez que han tenido la sospecha de que el equilibrio sería roto. Pero el compromiso entre tales Estados ribereños no resolvería totalmente los riesgos de conflagración en el teatro si la tensión entre los grandes volviera a ser alta.

España puede elegir su postura a partir de estas cuatro consideraciones geoestratégicas -asumidas lúcidamente- 1) - como miembro de la Comunidad europea; 2) como componente de la Comunidad peninsular; 3) como parte de un Pacto bilateral con los Estados Unidos y 4) como socio europeo de la Alianza Atlántica.

1a.- Como miembro de la Comunidad europea de intereses, España -sus Fuerzas Armadas de tierra, mar y aire- está abocada a ocupar un puesto en el ala sur de un posible despliegue occidental enfrentado a las potencias del Pacto de Varsovia. Esta alternativa, caso de resultar activada por la marcha de los acontecimientos, requiere la máxima homologación operativa con los países de la Alianza Atlántica. Supone -

la asociación de estas dos exigencias geográficas: apéndice de Europa y flanco del Mediterráneo. Su irrupción como conflicto abierto revalorizaría todas las instalaciones militares fijas y todos los dispositivos móviles del arco -- que desde el Pirineo Oriental, pasando por las Baleares se extiende hasta el Estrecho de Gibraltar. El despliegue español tendría por centro de irradiación de fuerzas el centro mismo de la Península.

Los preparativos teóricos a favor de esta opción se coordinan perfectamente con los intereses defensivos de -- Francia y de Italia y de ninguna manera serían objetados -- por los Estados Unidos. En un primer momento, los americanos impulsarían hacia el Mediterráneo Oriental el correspondiente despliegue para ponerlo en condiciones de participar en la defensa lo más adelantada posible de su "doctrina de la batalla aeroterrestre", alejándose así de la -- preocupación por la defensa del Estrecho de Gibraltar.

2a.- Como miembro de la Comunidad peninsular, España está inclinada a preferir en sus planes de defensa asociados a los -- de Portugal la ocupación de un lugar en el flanco Sur de -- la OTAN, es decir, en una zona sólo secundariamente amenazada -- los accesos al Estrecho de Gibraltar-. Su objetivo -- claro sería garantizar indirectamente a Occidente que se -- dispone de un dique de contención del expansionismo soviético en condiciones de funcionar. Aquí el centro de irradiación de fuerzas quedaría desplazado hacia el Sur y entrañaría la modernización de la estructura de la defensa -- en toda Andalucía... y, sobre todo, en el Sur de Portugal.

Esta opción estratégica supone que se han asociado -- las nociones de flanco del Mediterráneo y de puerta de -- Africa. Se materializaría en una cierta autonomía operativa con respecto a los demás efectivos de la OTAN. De hecho, haría del eje Baleares-Gibraltar-Canarias un presunto frente defensivo capaz de proyectar poder -- un poder de disuasión, no un poder ofensivo-- hacia el Norte de Africa. No -- se oculta que implícitamente, el citado eje para españoles y portugueses ya no sería un eje de penetración hacia el -- Estrecho de Sicilia del esfuerzo militar norteamericano; -- pero para los Estados Unidos lo seguiría siendo con todas las consecuencias

3a.- Como firmante de un pacto bilateral con los Estados Unidos, España podría dar por sentada la firmeza de la zona de contacto de la OTAN con las potencias del Pacto de Varsovia y reclamar un asentamiento en la retaguardia de esa zona ya defendida por otros aliados para cumplir una función de -- apoyo o de reserva, respecto a cuantos tengan previsto des- plegar en la línea avanzada de confrontación.

Esta opción supone asociar las nociones de puerta de Africa y de puente para América. Requiere para los efecti- vos españoles una especialización discretamente operativa y esencialmente logística. Se expresaría en el sostenimien- to de la seguridad en el espacio que circunda los archiélá- los atlánticos hispano-lusos, Azores, Madeira y Canarias - bajo la forma de una larga serie de "facilidades" a los Es- tados Unidos. Ni que decir tiene que se trata de la opción que suscita menos entusiasmo en los demás miembros euro--- peos de la OTAN con vocación más báltica que mediterránea, por ejemplo Holanda e Inglaterra.

4a.- Como socio europeo de la Alianza Atlántica, en toda la com- plejidad de intereses y de preocupaciones prioritarias que convergen en ella, España podría preferir la vinculación - de su esfuerzo militar a la consolidación del poder aliado en torno al Mar del Norte y al Canal de la Mancha, es de-- cir, sugiriendo que el núcleo del espacio teóricamente más seguro se amplíe hacia el Mar Cantábrico y se integre en - él todo un conjunto de reservas españolas capaces de ofre- cer profundidad a quienes han de bloquear la salida sovié- tica al Báltico y han de frenar el movimiento por las lla- nuras europeas del adversario hacia el Oeste.

Esta opción supondría una asociación de las nociones de puente para América y de apéndice de Europa. Responde - exactamente a la función geopolítica que cumplió el Reino Unido en las dos Guerras Mundiales. En teoría, es la alter- nativa que implica más plenamente a las Fuerzas Armadas Es- pañolas en la estrategia general de la Alianza. La propues- ta estaría basada en la confianza en el éxito de la estabi- lización del Mogreb y, por consiguiente, en la invulnerabi- lidad de los accesos al Estrecho de Gibraltar. Entrafiaría la derivación hacia la frontera pirenaica de una parte nota- ble del esfuerzo defensivo español, que esencialmente ten- dría como base Unidades terrestres de montaña.

Las cuatro alternativas disponen de la posibilidad de utilizar argumentos razonables bien fundamentados, ora en experiencias históricas ya vividas ora en la perspectiva de la crisis de la seguridad occidental.

Ya hemos indicado que la raíz del diseño de la estrategia peninsular, tal como se percibe por los miembros de la Alianza Atlántica de ambos lados del Océano, está en las operaciones de Wellington en la Guerra de la Independencia. Es sobre esta inspiración donde se estructura la Raya de Portugal como Zona de Operaciones, que naturalmente, puede y debe estar ligada dialécticamente a las otras dos Zonas tradicionales, la del Estrecho y la de los Pirineos, porque las presupone, las requiere y las apoya.

El diseño wellingtoniano se magnificó en la Segunda Guerra Mundial al integrar en él las operaciones de desembarco en Casablanca y el avance norteamericano por Marruecos hasta Túnez. En principio, sólo tiene sentido dentro de las hipótesis que asimilan las ideas estratégicas del inmediato pasado con las del próximo futuro incrementando, eso sí, los ritmos y las potencialidades del perturbador continental heredero de las ambiciones de Napoleón, del Kaiser, de Hitler y de Stalin. (4).

En principio es un diseño fácil de objetar en la atmósfera de las gigantescas concepciones estratégicas de la disuasión con medios nucleares. Pero no es una hipótesis falta de realismo a la hora de engendrar en las gentes sencillas una confianza en la racionalidad del esfuerzo para la defensa de España.

En una estrategia realista conviene dejar a un lado los sueños y las idealizaciones y ponerse a pensar en la realidad de la voluntad de los grandes actores y de las posibilidades de las fuerzas en presencia. La alternativa válida es aquella que se ajusta a la situación verdaderamente dada y no a los grandes rasgos de una reflexión que se apoya en un mapa del mundo. Sólo tras el análisis de los elementos concretos o particulares de la situación puede elegirse y aún entonces, hay que tomar en consideración lo que el otro actor principal ha terminado eligiendo en fechas próximas al estallido de las crisis.

Mientras el conocimiento de las decisiones para actuar no llegue, habrá que conformarse con una toma provisional de partido. Y a mi modo de ver, en el panorama estratégico deducido del factor geográfico a España le conviene verificar la posibilidad de coordinar como alternativos los papeles asignados en las dos primeras de las opciones: ser el ala sur de un des-

pliegue que mira hacia el Mediterráneo Oriental y estar en condiciones de convertirse en una posición de flanco junto a los accesos al Estrecho de Gibraltar.

Son, sin duda alguna, las dos opciones que mejor precisan la estructura formal y el contenido instrumental de las Fuerzas Armadas Españolas en el marco de su definición de miembro tanto de la comunidad europea de intereses como de la comunidad de pueblos ibéricos.

NOTAS

- 1.- BRAUDEL, Fernand.- El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1976.
- 2.- PALACIO ATARD, Vicente.- Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII. Rialp. Madrid, 1962.
- 3.- ALONSO BAQUER, Miguel.- Las ideas estratégicas en la Guerra de la Independencia. Historia institucional y social. Alhambra. Madrid, 1986.
- 4.- ZORGBIBE, Charles.- Le Méditerranée sans les Grands. Presses Universitaires de France. Paris, 1980